

El factor patoplástico

Doctor ANDRES CASO SANZ

Director del Sanatorio Psiquiátrico «Santa Elena». PAMPLONA.

*En otras artes, el práctico que yerra, yerra; en la mé-
dica, el práctico que yerra, mata.*

LETAMENDI.

DURANTE mi primera semana de especialización en un manicomio del Estado, cierto día que me hallaba presenciando los trabajos de limpieza en el pabellón de las enfermas, excitó poderosamente mi curiosidad un montón informe de pringosos papelotes hacinados sobre el fogaril del comedor para servir de pasto a las llamas tras la higiénica faena. Creo sinceramente que fué sólo mi ingénita propensión al figoneo lo que me impulsó a revolver en semejantes despojos y retirar de allí una buena porción de cartas personales, dos cuadernos repletos de anotaciones íntimas e infinidad de recortes periodísticos profusamente borrajeados de marginales incoherencias. Y con tan valioso hallazgo profesional y el interés propio de un novato en la materia, de un principiante ansioso por apagar su sed de conocimientos psiquiátricos en las fuentes originales de la insania, me recliné en mi habitación dispuesto a extraer de aquellos autógrafos desvaríos las más provechosas enseñanzas.

Debo confesar que ya empezaba a sentirme defraudado por toda una serie farragosa e insustancial de intimidades manuscritas, cuando les llegó su turno exploratorio a media docena de cuartillas moteadas con ese tinte pajizo de ictericia que suele dejar sobre el papel, como huella inequívoca de su paso, la lenta y corrosiva acción de tiempo. En realidad, se trataba de un impresionante relato de su fracasada vida matrimonial, escrito y dirigido con una apelación a la conciencia del lector por la enferma que ocupaba la celda número 5, doña Dolores Ortega, mujer tan digna de lástima a través de sus confesiones, que, no obstante mi insignificancia en el Manicomio, consideré como un deber humano enfrentarme personalmente con don Felipe, el director, y ponerle bien claro de manifiesto que el internamiento de aquella pobre mujer presentaba todas las características de un secuestro injusto y amoral, obediente, sin duda alguna, a turbias y alevosas maquinaciones fraguadas en los bajos fondos de la conciencia de un malvado. Y así, con estas mismas palabras, sin embozo ni rodeos, se lo hice saber antes de dar lectura en su presencia a dichas cuartillas, que, al pie de la letra, decían lo siguiente:

«Testimonio fidedigno y consideraciones personales en torno a mis ocho meses de vida conyugal con don P. R. G., mi «carísimo esposo», como él mis-

mo se titula ante la sociedad, astuta y paradójicamente, o tal vez queriendo con ello significar, en un juego alegórico de palabras, el despilfarro que viene haciendo de mi holgado patrimonio. Si algún día tengo la desgracia de morir entre las cuatro paredes de este cuchitril o de perder, efectivamente, el juicio por el desmedido abuso que hago de tan preciada facultad, quizá mi palabra, reflejada en estas cuartillas, llegue a merecer por fin la atención y el crédito que nunca hasta ahora se me han querido prestar ni reconocer. Confío en ello, porque estoy segura de que si este escrito no se estrellara, como otras veces, contra el acantilado de la indiferencia, su lectura llevará al paciente lector a la convicción de mi perfecto estado de salud mental, y bien podrá ocurrir que, en un generoso alarde de altruismo o filantropía, llegue a querer convertirse después en mi póstumo valedor y trate de vindicar mi memoria, persuadido de que no existe en el mundo injusticia mayor que la de apoyarse en un falso diagnóstico para privar de la libertad a un ser humano lúcido y sensato. Este es mi caso; y por ello, desde hace varios meses me encuentro aquí recluida en pleno dominio de mi razón, aunque otra cosa haya podido hacer creer el frío testimonio de la ciencia médica, fuertemente influenciada por el criterio parcial, egoísta y codicioso de un marido infame.

Huérfana de padre y madre, y en posesión de una crecida y saneada fortuna, tuve la inmensa desdicha de unir para siempre mi destino al de un hombre perverso que sólo buscaba en el matrimonio su seguro de vida y un magnífico trampolín pecuniario para dar cómodo impulso a sus inmundas y repugnantes pasiones. Ya desde los primeros días de nuestro sagrado desposorio no se recató en mostrarse conmigo, sin tapujos de ninguna clase, como un marido grosero, tirano y vulgar, poniendo a cada paso en evidencia durante nuestras agrias conversaciones mi femenina inferioridad física, colocada cínicamente en parangón con otras mujeres de su agrado y amistad. Sólo ahora, torpe de mí, en el relativo sosiego de esta mazmorra, con mis nervios en reposo, he llegado a comprender la causa de su indecente y miserable comportamiento; y he visto claro que sus calculados y habituales desprecios eran sólo un poderoso estímulo para incitarme a la discusión y luego al escándalo que motivaría la apaciguadora intervención de personas extrañas, ante las

cuales sabría él disculparse con mis celos infundados, mis falsas interpretaciones y mi desquiciada cabeza. Muchas veces hubiera querido yo también poder justificar así mi presunta celotipia para no acabar de hundirme en la más absoluta decepción, después de haber concentrado en aquel hombre sin entrañas toda la ilusión del primer amor. ¡Ojalá fueran equivocadas las correctas apreciaciones de mis sentidos! ¡Ojalá, sí, mi cabecita estuviese a punto de trastornarse con los amagos de una locura incipiente! Ello me excusaría de estar hoy pensando a todas horas en la inmensidad de mi desgracia. Pero no eran tan sólo mis extrañas alucinaciones las que lo veían constantemente en brazos de otras mujeres; también algunas de nuestras amistades se sentían con frecuencia «alucinadas». Por eso, su cínica justificación sonaba en mi alma como el eco fiel de los más impuros sentimientos. ¿Celosa yo? No, mil veces no; los celos implican siempre una sospecha, y mi pasión se alimentaba exclusivamente de realidades. Recién casada, mi marido se marcha a Madrid en viaje «de negocios», derrocha el producto de la venta de unos bienes de mi hacienda, y al regresar, física y económicamente agotado, se pasa veinticuatro horas en la cama durmiendo como un tronco; y cuando, tímidamente, su decepcionada esposa le pide algunos detalles de sus andanzas por la capital de España, recibe la contestación más elegante y académica que le permite ofrecer su expresivo y depurado léxico: «Te ruego que no te metas en mi vida privada.» Y esto había de oírlo yo a todas horas en una casa organizada y sostenida gracias al sueldo que me proporcionaba mi auxiliaría del Instituto y al capital que aporté a nuestro matrimonio. Recuerdo muy bien que a raíz de este hecho surgió nuestra primera y acalorada disputa, que terminó, tras un ataque de nervios, con mi forzado ingreso en el Sanatorio S. C., del doctor M., donde me aplicaron como medida preventiva, antes de iniciar mi «tratamiento», dos lancinantes inyecciones de aguarrás en los muslos. Allí me tuvieron más de un mes secuestrada y sometida sin necesidad, bien lo sabe Dios, a la acción brutal y agresiva del electroshock, de ese endiablado aparato productor de verdaderas electrocuciones. Esto era, en definitiva, lo que mi marido buscaba para invalidarme: mi noviciado en un centro psiquiátrico, seguido del oportuno bautismo terapéutico. Y después el correspondiente certificado acreditativo de mi incapacidad mental, al que ya le daba opción el hecho consumado de mi internamiento en aquella clínica, cuyas estancias abonaría sin regateo al recibir por escrito del doctor M. su anhelado diagnóstico, mejor dicho, mi sentencia: «Paranoia, delirio de celos crónico y sistematizado.» ¡Dios mío!, con ese documento se me entregaba atada de pies y manos en las garras de un monstruo que lo haría servir de escabel, como fuente de orientación facultativa, para futuras y definitivas reclusiones. Me esperaba, pues, un tenebroso porvenir. Ya nunca podría disfrutar más que de una libertad provisional, restringida. Pronto, muy pronto, se engarzarian nuevos eslabones a la cadena de mi cruel peregrinación por la calle de la Amargura.

¡Oh psiquiatras de mi perdición!, cándidos e inexpertos hijos de Esculapio, que camináis a ciegas por los escarpados y lúbricos vericuetos de vuestra compleja especialidad, maldición de mi vida. ¿No os sonrojáis de vergüenza al considerar que toda esa ciencia de que blasonáis ni siquiera os sirve a veces para diferenciar a un cuerdo de un pobre enajenado? ¡Por Dios bendito!, presumís de psicólogos, y

nada sabéis del principio vital que a todos nos anima; así se comprende que os dejéis tan fácilmente influir en vuestras historias clínicas por los antecedentes patológicos que os pueda suministrar cualquier malévolo familiar del enfermo, sin meditar en la posibilidad de que sean falsos, y con su aceptación arrastréis a un infeliz al más espantoso precipicio. Es cierto que la sociedad, imprudente, coloca en vuestras pecadoras manos una pistola cargada, y también lo es que si se os dispara nadie ha de pedirnos cuentas. Nadie, a no ser vuestra conciencia. Pero vosotros, que os habéis cubierto de una pátina deontológica al pasar por el tupido tamiz de la Universidad, jamás debierais olvidar que el decoro y la sensatez os impiden serviros alegremente de ese artefacto peligroso como si se tratase de un juguete inocuo. Y, en descargo de lo mucho que ha sufrido sus funestas consecuencias, perdonad que una mísera y desventurada mujer os lo recuerde ahora con tan brusca sinceridad. ¡Bendito sea Dios si con ello logro despertar en vuestra conciencia el sentimiento de responsabilidad y salvar de las garras del infortunio otra posible víctima propiciatoria!

Dolores Ortega.»

Cuando acabé mi patética lectura, don Felipe, tranquilo y sonriente, me habló de esta manera, procurando dar a sus palabras un tono paternal:

—No tome usted tan en serio este asunto, jovencito, pues ya nada práctico podemos hacer con nuestra buena voluntad. En efecto, esa infeliz ingresó en el manicomio tan cuerda como lo estamos usted y yo; pero nadie podíamos creer en sus justificadas protestas a la vista del grado de excitación en que se encontraba y del testimonio pericial de sus anteriores reclusiones. Alguien ha dicho muy bien que la sinrazón suele tomar aspectos de razón oblicua; ello hace que los psiquiatras, aun los más prevenidos, siempre acabemos por creer locos a cuantos enfermos nos traen así diagnosticados. Y eso es precisamente lo que nos ocurrió con doña Lola. Tuvimos que someterla por la fuerza a un riguroso tratamiento de urgencia; se le inyectaron dos abscesos de fijación, y luego iniciamos con ella una tanda de corrientes. Era lo indicado, y la tercera o cuarta vez que se las aplicaban. Después se encerró en un mutismo casi absoluto, rechazaba airadamente nuestras visitas, y cada día se fué alejando más y más de todo trato social. Hoy vemos esto muy natural, y comprendemos que no soportara la convivencia con sus perturbadas compañeras. Terminó por pedirnos que la recluyéramos en su habitación, donde se pasaba la mayor parte del día emborronando cuartillas o abstraída en sus introversiones y soliloquios. Su marido falleció hace dos meses; pero el remordimiento no le permitió llevarse a la tumba su secreto, y antes de morir nos confesó, angustiado, toda la horripilante verdad desde el primer ingreso en S. C. El doctor M., fiándose en la palabra y caballerosidad de este pobre diablo, diagnosticó a su mujer de paranoica. Desde luego, fué una precipitación, una imperdonable ligereza por exceso de confianza, que la puso con su tajante veredicto a merced del siniestro esposo. Al cabo de dos meses, la dieron de alta; pero, claro, volvió muy pronto a incurrir en sus ideas «delirantes», y el marido, amparado por la ley, la recluyó de nuevo en otro sanatorio. Cuando algún tiempo después nos la trajeron aquí, venía ya con el estigma indeleble de su paso por dos centros psiquiátricos. ¿Qué íbamos a

hacer nosotros sino plegarnos a las circunstancias y aceptar los hechos consumados?

—Pero entonces—me atreví a objetar—, ¿por qué la retienen todavía contra todo derecho y contra todo principio de buena ética? ¿Por qué no la han devuelto aún a la sociedad?

—Porque eso ya no es posible, amigo mío. El Destino a veces nos gasta bromas muy pesadas para que sus fructíferas enseñanzas nos sirvan de escarmiento. Es muy triste y lamentable para la Humanidad tener que aprender siempre a trompicones las mayores verdades; pero lo cierto es que casi toda esta ciencia positiva de que hoy nos beneficiamos se ha ido estructurando así, a expensas de nuestros múltiples desatinos. En aras del progreso, unos caen para que otros se aprovechen de su sacrificio y rectifiquen en cabeza ajena sus propios errores, sus faltas, sus distracciones... El caso de esta pobre enferma, hoy totalmente irresponsable de sus actos, constituye para nosotros un motivo más de aleccionamiento experimental, que encaja a la perfección en la teoría de Birnbaum sobre el mecanismo etiológico de las psicosis. Ya sabe usted que este autor considera dos tipos de síntomas fundamentales, a los que designa con los calificativos de patogénicos y patoplásticos, resultantes directos los primeros de la acción que la enfermedad ejerce sobre las actividades y estructuras básicas del organismo; y los segundos, expresivos de su repercusión indirecta, o sea, de la reacción que ante el influjo morboso presenta la personalidad. Pues bien: en el estado actual de esta enferma ha pesado muchísimo el factor patoplástico; la influencia ambiental se cebó tan sañudamente en su predispuerto psiquismo, que la catástrofe no se hizo esperar. Ahí tiene usted un proceso esquizofrénico que ha estallado precisamente en el momento de menor resistencia orgánica, de minusvalía, sin ninguna esperanza ya de remisión. Lea usted esa última carta que dirigió ayer a su marido, cuyo fallecimiento ignora, y podrá apreciar en ella todo un florido cortejo sintomático que le harán pensar, como a nosotros, en una auténtica psicosis de carácter procesal e irreversible.

Me entregó un papel arrugado que extrajo del bolsillo, y leí, estupefacto:

«Quediro madirito mío: Te saludo en el nombre de Dios Padre, del Hijo Derentor y del Espíritu Santo glorificado. Te saludo desde esta inmunda y hermosa poeilga donde me tienen presa hasta el día del juicio sumarísimo todos los espíritus del mal y del bien, del bien y del mal, todos los espíritus unidos en indecente con-tu-bernio. Mis carceleros son muy brutotes y ninguno se llama Pedro, me he fijado bien, pero están más locos que tú y que el presidente de la Audiencia, y mucho más que una cabra (barca, rara, cara, arca...). La otra noche vinieron a mi celda, ¿quién? ¡Averíguelo Vargas!, y me sacaron los ojos y me pincharon en el corazón con el tenedor que le robaron a Neptuno en su plaza de Madrid, con el tenedor en su plaza de Madrid, y me pincharon en el corazón, y sangraba como un car-

nero. Si supieras, Tiviño mío, cuánto me acuerdo de ti y cómo te invoco cuando viene el Coco en mis oraciones gandrísimo bibrón. Te quiero y te exquisito porque eres el pilló más rufián del mundo de los vivos. Aprovechate ahora que mi vida la tengo sometida a los antípodas, al sí y al no, a lo bueno y a lo malo, a lo pobre y a lo rico, a lo limpio y a lo sucio, al reír y al llorar, al esto y a lo otro, y a lo de más allá. Cuando yo estudiaba Lógica le llamábamos anti no sé qué, o algo parecido. Hoy le llamarán de otro modo, ya sé, porque el mundo cambia, para eso es mundo, pero hoy no es ayer y el progreso todo lo vence y emancipa. Esta es una vida sin trabajos y sin cavilaciones, a mesa puesta, y aquí me las den todas. Ya te he dicho que no puede haber otro Crucificado, porque no puede haber otro templo ni otro imperio romano, buena señal de que se acerca el fin del mundo, y yo me alegro, con permiso del Sumo Sacerdote del Pontificio, dueño absoluto de mis pensamientos, que me dicta mis ideas, piensa por mí y es dueño absoluto de mis pensamientos, pues me los saca de mi dis-pensario con una ganzúa todas las noches cuando duermo. La enfermera de cara hechicera dice que como muy poco, y que el estómago se ha hecho para comer. La pobre ignora que el mío está ya apollado y que lo he puesto en venta al mejor postor. Con lo que me den y algo que tengo en el Banco, me compraré uno nuevo de plexiglás como el bolso de mi tía Jacinta. Esta me lo estropearon a fuerza de lentejas desde que me confundieron con esa U para quitarme la primogenitura y el dinero y la muñeca y la libertad y la libertad y el dinero y todo, he dicho. Por eso, los alimentos se me transforman en gusanos que corren por mis venas con marcha galopante camino del más allá, y me he muerto ya dos veces, una de asco, la primera, pues no se puede servir a dos señores. Dad al César lo que es del César, y a mí me quitaron la muñeca y nada me dieron; pero tengo la esperanza de que pronto vendrás a verme, como me ha dicho el Angel de la Guarda. Tráeme un lápiz así de grande y muchos cuadernos, quiero escribir el Código de la Buena Nueva y un Tratratra sobre el Arte de Matar el Tiempo y enterrarlo antes de que lleguen al lugar del suceso el Juez y el Médico Forense. Y así habrá paz en los observatorios y yo seré neutral, hablaré por todos y sufriré y padeceré por todos (palabras del Aguila). Estoy sola mejor que acompañada, porque he visto al Señor. Y le volveré a ver, y me cansaré de decir «no quiero nada; el que la hace la paga», palabras de... quien sea. No me llames Dolores, llámame Lola.»

Alcé los ojos, y mi mirada, henchida de amarga sonrisa, se cruzó con la del director en un gesto de la más comprensiva inteligencia. Así permanecí, absorto, cerca de un minuto, luchando con la tentación en la disyuntiva de nuestra fe y del fatalismo, pero, gracias a Dios, se impuso la cordura, y pronto renunció en mí la divina confianza. Y estoy seguro de que fué entonces cuando puse, con un Padrenuestro, el más piadoso colofón de mi vida a un caso clínico.